LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA

EDICIÓN AMPLIADA

PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

**LIBRO JUBILAR EN HOMENAJE
AL PROFESOR ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

**LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

INSTITUTO INTERUNIVERSITARIO DE GEOGRAFÍA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante
03690 Sant Vicent del Raspeig
publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480
Fax: 965 909 445

© los autores, 2016
© de la presente edición: Instituto Interuniversitario de Geografía y Universidad de Alicante

ISBN: 978-84-16724-09-3
DOI: <http://dx.doi.org/10.14198/LibroHomenajeAntonioGilOlcina2016>

Coordinación:
Jorge Olcina Cantos y Antonio M. Rico Amorós

Edición, composición y diseño de cubiertas:
Clotilde Esclapez Selva

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EL PAISAJE RURAL COMO RECURSO DOCENTE: EJEMPLOS DE APLICACIÓN EN LA PROVINCIA DE GUADALAJARA

José Sancho Comíns¹

Dpto. de Geografía y Geología
Universidad de Alcalá

INTRODUCCIÓN

El paisaje rural ha sido uno de los temas que ha suscitado mayor atención por parte de los geógrafos. Se sitúa, por tanto, en la gran tradición geográfica que ha hilvanado una secuencia ininterrumpida de estudios sobre el paisaje rural a lo largo de los últimos cien años. Las metodologías utilizadas para indagar esa “trabazón” que subyace al paisaje a la que se refirió el profesor Terán hace ahora más de sesenta años han podido cambiar; las fuentes de información manejadas también; las herramientas para el tratamiento de datos y expresión de resultados son hoy bien distintas a las de antaño. Nos queda algo permanente: el interés por describir y explicar esa estampa que cubre nuestros territorios, ese paisaje que al contemplarlo con el sosiego necesario se convierte en hecho nuclear de la enseñanza y aprendizaje de la geografía rural.

Por otra parte, el paisaje, como es bien conocido, es objeto de estudio multidisciplinar. Al margen de que estetas, literatos y pintores lo hayan tenido como recurso para motivar sus creaciones artísticas y, más recientemente, las instituciones públicas y la propia sociedad hayan mostrado un interés por este legado al encumbrarlo a la condición de patrimonio natural y cultural, la aproximación al conocimiento comprensivo del paisaje se ha realizado por diversas vías científicas. Ecólogos, biólogos, arquitectos, ambientólogos, ingenieros e historiadores, junto a los geógrafos, han abierto nuevos caminos en la indagación del paisaje. La presencia de materias que abordan el estudio del paisaje en los diversos planes de estudio, más allá de la atención que se le dedica en el grado de geografía, es también un hecho constatable.

¹ Calle, Colegios 2. 28801 Alcalá de Henares. Telf.: 918854482. E-mail: jose.sancho@uah.es

Así pues, el paisaje como objeto de investigación y docencia ha ganado presencia en un amplio abanico de especialidades científicas y titulaciones académicas. En concreto, los estudios del grado de Ciencias Ambientales, como no podría ser de otra manera, abordan el estudio del paisaje con la concurrencia de geógrafos, ecólogos, geomorfólogos y biólogos, sin olvidar la importancia del matiz jurídico y económico que resulta decisivo para la comprensión de aspectos relacionados con la planificación territorial que atañen muy directamente al paisaje.

En este breve artículo, deseo mostrar mi experiencia en la enseñanza del paisaje rural en el marco de la materia de Desarrollo Rural de la que soy responsable en el Grado de Ciencias Ambientales. Anteriormente, en la licenciatura, tuve a mi cargo la asignatura de Análisis y Gestión de los Sistemas y Paisajes Rurales. En ambos casos, he prestado una atención especial al paisaje rural, que ha sido, por otro lado, tema esencial en las salidas de campo.

1. VALORES DOCENTES A DESTACAR EN LA ENSEÑANZA DEL PAISAJE RURAL

En el marco de la titulación de Ciencias Ambientales, primero como Licenciatura y en estos momentos como Grado, he abordado el estudio del paisaje rural con el ánimo de transmitir unos valores que entiendo son esenciales para la formación del futuro ambientólogo. En el esquema que sigue señalo esos valores de una forma orgánica y paso, a continuación, a fundamentarlos.

En efecto, el primer paso a dar en el estudio del paisaje rural es el ejercicio de una buena observación. Desterrar la indiferencia ante la imagen paisajística es condición necesaria en el alumno, si bien no siempre resulta fácil; por eso, la insistencia por parte del profesor en la fijación de la mi-

rada constante en el entorno se revela como el antecedente imprescindible para un buen ejercicio de lectura del paisaje. No importa que esa mirada sea superficial, de cariz descriptivo, pues en ella se perciben ya elementos visuales significativos e incluso se puede derivar una primera apreciación de la estructura morfológica del paisaje rural observado.

La observación hace posible la descripción del paisaje rural. Esta será científica si se sustancia en una elección de elementos estructurantes del paisaje rural apropiada a la escala de trabajo previamente determinada. La descripción de formas, líneas, colores y texturas, atendiendo a su geometría, orientación, contraste, fuerza, densidad o regularidad, entre otras facetas, es bueno que se haga con detalle; la epidermis que envuelve al territorio dice mucho de él y, aunque en un primer momento el ansia de entender aquella imagen nos impulse a buscar las razones de una tal estampa, no es extraño sentir la parte de verdad de aquel verso de Paul Valéry -“lo más profundo es la piel”- o la exclamación de Palomar, personaje de Italo Calvino, que ante el paisaje urbano de Roma dijo: “Solo después de haber conocido la superficie de las cosas se puede uno animar a buscar lo que hay debajo. Pero la superficie de las cosas es inagotable” (Calvino, I., 1985: 61-62).

No está de más utilizar un tiempo más largo en la observación y, desde el sosiego, dar entrada a una percepción más honda que permita al alumno hacer juicios relativos a la calidad visual de la morfología paisajística observada, su singularidad, capacidad de generar vistas atractivas o recibir desde determinados observatorios panoramas o escenarios que agranden la propia calidad. Este ejercicio resulta no pocas veces sorprendente a la vez que agradecido para los propios estudiantes.

Una vez introducido el alumno en este proceso de análisis del propio paisaje rural, su llegada a la parte explicativa se hace necesaria. Quedarse en lo descriptivo, por más importante que sea, resulta imposible. La percepción de elementos no satisface toda la capacidad crítica del alumno imposibilitando su avance hacia la comprensión de lo observado; el descubrimiento de algo más en ese mosaico paisajístico que cohesiona y da sentido a la imagen de un territorio exige la búsqueda de factores que la expliquen. No resulta extraña, entonces, la afirmación del profesor Terán cuando dijo: “Lo real en la superficie de la tierra no es la forma del relieve, las características climáticas que en ella actúan, su revestimiento vegetal y todo aquello que el afán y el trabajo del hombre añade, lo real es su trabazón” (Terán, M., 1967).

El papel del complejo natural y el impacto de la actuación de la comunidad humana a lo largo del tiempo histórico se vuelven elementos clave en la explicación científica del paisaje rural. En el propio campo se harán constataciones de conocimientos adquiridos previamente en la preparación de la excursión: estructura geológica, modelado, tipos de suelo y cubierta vegetal, comportamiento hidrológico, etc. También en relación a la evolución

histórica del territorio estudiado (demografía, poblamiento, estructura jurídica de la propiedad y sus cambios, concentración parcelaria, procesos recientes de modernización o abandono, etc.). El descubrimiento de la incidencia de cada uno de estos hechos en la conformación de la imagen actual del paisaje hace necesario aludir al concepto de escala temporal, que debe precisarse con el fin de acotar el tiempo geológico e histórico susceptible de ser analizado.

En este recorrido por los factores explicativos del paisaje rural, la idea de la imbricación de unos y otros y su repercusión en un cuerpo único de elementos indisociables se hace evidente. El alumno ya ha descubierto entonces que está ante un organismo complejo, cambiante en el tiempo, en el que las decisiones de la comunidad humana se han superpuesto a lo largo de la historia siempre con un sentido de finalidad acorde a las necesidades de la propia población, los recursos potenciales susceptibles de ser utilizados y las tecnologías materiales y organizativas empleadas. En suma, ese mismo alumno ha descubierto que aquella imagen paisajística percibida tiene, consustancialmente, la condición de ordenada, viva y multifuncional en el tiempo y en el espacio.

Por último, cabe aludir a tres ideas, que podríamos denominar “globales”, con las que suelo terminar la sesión de trabajo en el campo y los alumnos perciben desde la experiencia vivida: el paisaje rural analizado, como cualquier paisaje, posee unidad, complejidad y temporalidad. No son piezas aisladas las que han sido estudiadas, sin referencia a un contexto ni relación mutua; más bien, su condición se explica en cuanto que forman parte de un marco coherente. Este marco es expresión de la vida de un organismo dotado de complejidad; no hay casualidad ni mero azar, sino una intrincada red de dependencias y correlaciones. Ese organismo vivo está sometido al tiempo. Las funciones del paisaje en su conjunto y de cada una de las teselas que lo conforman han podido cambiar, los procesos aplicados a la activación de los recursos también y, en suma, el propio ritmo de la naturaleza inciden de modo significativo en la conformación de esa imagen del territorio que llamamos paisaje.

2. LA PROVINCIA DE GUADALAJARA: ÁMBITO GEOGRÁFICO DE ESPECIAL INTERÉS DOCENTE PARA LA ENSEÑANZA Y APRENDIZAJE DEL PAISAJE RURAL

La provincia de Guadalajara ha sido durante mi estancia en la Universidad de Alcalá el ámbito geográfico que habitualmente he utilizado en los trabajos de campo con estudiantes. Como es bien conocido, en sus más de 12.000 Km² de extensión, la diversidad del complejo natural es muy notable; la acción de las comunidades rurales, acorde con la condición física del

territorio y los avatares históricos, ha tenido respuestas bien distintas; y, en suma, la conformación de paisajes bien contrastados ha terminado por generar un mosaico de tipos de paisaje de notable interés científico y, en determinados entornos, de gran valor patrimonial.

Una buena síntesis de esa diversidad paisajística puede apreciarse en el mapa de tipos de paisaje que, inspirado en la cartografía contenida en el Atlas de los Paisajes de España, (Mata Olmo, R. y Herraiz, C., 2003) y en el Atlas de los Paisajes de la Provincia de Guadalajara (Sancho Comíns, J. y Reinoso Moreno, D., 2011), presentamos una vez realizada una cierta generalización del documento original. En él se distinguen, por un lado, los macizos montañosos, sierras y piedemontes del Sistema Central; en segundo lugar, las parameras y muelas ibéricas; en tercer lugar, las sierras, piedemontes, corredores y hoces ibéricas; en cuarto lugar, los páramos detríticos y alcarrias; por último, las vegas y campiñas. Aunque la denominación utilizada alude a un elemento del paisaje, la configuración del relieve y, de manera menos explícita, a su estructura geomorfológica y geológica, no cabe duda que el mapa es fiel expresión de las grandes teselas que arman el edificio paisajístico de esta provincia. (Figura 1)

Son muchos los aspectos que a la hora de afrontar los trabajos de campo con los estudiantes pueden abordarse. En mi caso, me han interesado especialmente tres cuestiones: la constatación del tránsito entre los paisajes rurales tradicionales y los propios a la modernidad; los impactos en el paisaje como consecuencia de las crisis (abandono) o la aplicación de procesos más intensivos; y, por último, la penetración en el seno de los paisajes rurales de funciones no agrarias que, sin ser ajenas al mundo rural, han tomado gran relevancia como el turismo, la recreación o la demanda de espacios residenciales.

Figura 1. Tipos de Paisaje en la provincia de Guadalajara. Generalización a partir de los mapas contenidos en Sancho Comíns, J, 2011, Pons Giner, B., 2011 y Mata Olmo, R., 2003.

Figura 2. Mapa Hipsométrico de la provincia de Guadalajara. Sancho Comíns, J., 2011.

3. DE LA ALCARRIA A LA SIERRA NORTE DE GUADALAJARA: UN RECORRIDO DIDÁCTICO POR SUS PAISAJES RURALES

En los dos ejemplos que siguen se puede apreciar ese valor del paisaje como recurso docente. El primero de ellos es un paisaje alcarreño (Horché) en el que se percibe a las claras la doble imagen correspondiente, respectivamente, a la tradición y la modernidad; el segundo muestra un paisaje montano (Tamajón) en el que los procesos de abandono agrario y forestación son claramente relevantes. (Figura 2)

3.1. Tradición e innovación en un paisaje Alcarreño

Horché es un municipio de la Alcarria, situado muy cerca de Guadalajara, (dista de la capital provincial 12,7 km), que en la actualidad congrega a 2.510 habitantes, según la revisión del Padrón municipal a 1 de enero de 2012. Su evolución demográfica se acompasa al ritmo de la funcionalidad económica vivida al unísono a lo largo del siglo XX y lo que llevamos del actual (Figura 3). La anterior centuria arranca con una población cercana a los 2.000 habitantes que sufrirá una ligera caída a finales del primer tercio para estabilizarse después en tiempos de la guerra civil y postguerra. A mediados del siglo XX, Horché había perdido un 13% de sus habitantes con respecto a 1900; la sangría demográfica continuó hasta 1991 en que son censados 1.092 habitantes, un 43% menos que a comienzos de siglo. En los últimos veinte años, sin embargo, la consolidación de la función residencial hace que este municipio registre un renacimiento muy importante hasta superar los 2.500 habitantes, una cifra que supone más que duplicar el censo de 1991 y rebasar ampliamente la del comienzo del siglo XX.

Figura 3. Horche: Evolución de la población desde el año 1900 a 2011. Censo de la Población de España. Instituto Nacional de Estadística.

Horche es el primer asentamiento propiamente alcarreño según se adentra uno en esta comarca emblemática siguiendo, desde la ciudad de Guadalajara, la carretera N-320 en dirección a Cuenca; después de recorrer el páramo de Oeste a Este a una altitud media de 900 m., una abrupta cornisa cobija el enclave de Horche a cuyo pie se desarrolla un talud en solana de acusada pendiente hasta tomar contacto con la vega del río Ungría que, a su vez, es delimitada al Este por un nuevo talud, este en umbría, coronado por una arista de páramo.

Sobre esta diversidad morfológica, sustentada por una estructura tabular de rocas sedimentarias miocenas con margas y yesos en la base y una covertera calcárea culminante, la comunidad humana ha ordenado los recursos, generando así un paisaje en el que se perfilan unidades o teselas bien contrastadas: páramo, talud de solana, vega y, de nuevo, talud de umbría. Dos son las ideas que, en este caso, suelo subrayar a los alumnos. Por un lado, la constatación que la segmentación en unidades de paisaje (epipaisaje) no es sino la manifestación clara de un organismo vivo (criptopaisaje) que sustenta esa heterogeneidad; en suma, trato de mostrar cómo un sistema de relaciones complejo anima con sentido la finalidad y, bajo la gestión de una comunidad humana, el devenir del paisaje. Por otro lado, es patente, a la luz de la información suministrada por las fuentes, que la vida de este organismo paisajístico ha discurrido no sin cambios morfológicos ni transformaciones significativas del propio sistema agrario que lo sustenta.

En efecto, la imagen de mediados de los años cincuenta de la anterior centuria (Figura 4) muestra un páramo extremadamente parcelado en el que las hojas o añadas de cultivo secuenciaban la sucesión de aprovechamiento cerealista y barbechera; el talud de solana donde se asienta Horche aparece

con un parcelario irregular, acomodado a la pendiente del soporte topográfico, con el olivo como cultivo dominante y algunos retazos de huertas que aprovechan las aguas de manantiales; la vega del río Ungría, con una morfología parcelaria regular, diminuta y con orientación de los longueros en disposición perpendicular al trazado del río Ungría, manifiesta un intenso aprovechamiento con rotaciones más apretadas entre cereales de invierno y legumbres/tubérculos y bulbos en el año de barbecho como cultivos de primavera-verano; por último, al Este de la vega, un talud de umbría forestado, de propiedad pública y cubierto de un quejigar poco denso, suministra energía y madera a los vecinos y un pasto ocasional al ganado ovino.

Figura 4. Fuente: Fotograma de 15/05/1957 – Esc. aprox. original 1:34.000 – CECAF

A partir de esta imagen, el observador, en este caso profesor-alumno, genera un esquema más abstracto que se corresponde con los grandes elementos estructurantes del paisaje de este entorno. La vida subyacente, hecha de decisiones mayoritariamente de cariz comunitario, empapa cada rincón del territorio; los aprovechamientos agrícolas, ganaderos y forestales se suceden mediante regulación condicionada por exigencias de la conservación del recurso y las propias necesidades de la comunidad humana, tratando de guardar un equilibrio entre ambas fuerzas. En suma, un sistema tradicional intensivo con imbricación de aprovechamientos agrícolas y ganaderos sucesivos en un mismo año funcionó sin interrupción durante mucho tiempo, probablemente siglos y nos legó un paisaje que se mantuvo vivo hasta hace unos cincuenta años y nosotros podemos reconocer en la imagen de mediados del siglo pasado y entender con la ayuda del excelente trabajo del profesor Jesús García Fernández, publicado en la revista *Estudios Geográficos* en 1953, y la colaboración de un agricultor del mismo Horche (Pablo Calvo) que en conversación distendida y conducida por el profesor desgana magistralmente el funcionamiento de aquel sistema agrario tradicional.

Figura 5. Fuente: Ortofotografía PNOA 2008. Res. espacial 0,5 x 0,5 m. CNIG/IGN

Pasados cincuenta años, la estampa paisajística es otra (Figura 5). Los estudiantes reconocen sobre el terreno que los cambios morfológicos son ostensibles, bien visibles también en el fotograma aéreo correspondiente al año 2008. En efecto, el páramo alberga un parcelario de mayor tamaño como consecuencia del proceso de concentración parcelaria que a finales de los años cincuenta se aplicó en este municipio; por otro lado, han desaparecido las añadas de rotación bienal uniformizándose el tipo de ocupación del suelo para todo el páramo. Dos hechos, en suma, de cariz puramente morfológico, pero que otorgan al paisaje una imagen distinta.

El talud de solana no ha escapado a cambios significativos que la percepción del buen observador detecta con facilidad: abandono de buena parte del olivar, retroceso de las antiguas huertas hoy abandonadas, colonización forestal mediante una espesa garriga y un significativo crecimiento del espacio edificado en los alrededores del asentamiento de Horche. La vega muestra un parcelario distinto en el que los longueros rectangulares y estirados han dado paso a parcelas más grandes y masivas; por otro lado, la uniformización de la cubierta biofísica ha sustituido a la alternancia de aquellas dos grandes hojas de cultivo propias al paisaje tradicional. Por último, en el talud de umbría un bosque de coníferas recubre hoy las tierras del antiguo quejigar.

Ante la constatación de estos hechos, los estudiantes y el profesor abren el camino de la indagación de factores que han podido alterar la anterior arquitectura del paisaje. La crisis de un sistema agrario tradicional y la implantación de otro, moderno o convencional, está en la raíz del cambio producido en los años sesenta de la anterior centuria. La incorporación de un nuevo complejo tecnológico (mecanización, semillas, fertilizantes, tratamientos fitosanitarios, nuevos cultivos, concentración parcelaria, etc.), se produjo al mismo tiempo que el tejido social se debilitaba y, en definitiva,

se derrumbaba un modo de vida. La recuperación del potencial agrológico de los suelos, una vez levantada la cosecha del cereal, se podía hacer sin el tradicional barbecho; la disminución de la carga ganadera ya no exigía la preservación de espacios de pasturaje en rastrojeras y barbecheras; a la tradicional vega de uso intensivo con apoyos de riego eventual para cultivos de primavera y verano ya no se le exige esa función; la llegada del gas butano a los hogares hace innecesaria la organización en cuarteles rotatorios para el aprovechamiento de leña en el antiguo quejigar del Monte Sierra en el talud de umbría; por último, el propio asentamiento de Horche recibe el impacto residencial, dada su cercanía a Guadalajara y al corredor del Henares.

Un nuevo sistema de relaciones territorio-comunidad humana se consolida y traduce su incidencia en un nuevo paisaje. Los estudiantes han conocido en este breve ejercicio las claves del análisis morfológico y han podido comprender la incidencia de los sistemas organizativos en la conformación de un determinado paisaje. Este, al mismo tiempo que guarda, a modo de valiosísimo archivo, los hechos relevantes que impactaron la estructura del mismo en el pasado, acoge las nuevas influencias, acumulando y superponiendo huellas sucesivas cuya conjunción conforman la imagen del territorio que en ese día de campo han percibido.

3.2. Tamajón: un paisaje montano entre el declive y la recuperación

El ejemplo de Tamajón resulta extraordinariamente interesante desde el punto de vista docente. Alumnos y profesor pueden leer en su paisaje los efectos de la transición desde aquel sistema agrario tradicional que animó a estas tierras durante siglos hasta la “moderna ruralidad” que impera en la actualidad. Huella tras huella se han inscrito en un territorio montano que atesora un patrimonio natural y cultural de inestimable valor.

El actual municipio de Tamajón tiene una extensión de 116,43 km² y alberga en su interior cuatro asentamientos de población (Tamajón, sede del ayuntamiento, y tres pedanías, Almiruete, Muriel y Palancares, que antes de 1970 eran municipios independientes). A principios de siglo XX, la población censada en los actuales límites del municipio era de 1.365 habitantes, iniciándose desde entonces un descenso que fue suave hasta mediados de centuria y drástico después, hasta tocar fondo en 1991 con 167 habitantes y remontar ligerísimamente en los últimos veinte años hasta situarse entre los 180 y 200 habitantes. (Figura 6)

Las tierras de Tamajón participan de tres dominios geológicos bien distintos. Por un lado, en su parte más septentrional aflora el Paleozoico con pizarras y cuarcitas como sustento litológico; en segundo lugar, una franja mesozoica lo atraviesa de Oeste a Este en su parte central, destacando las calizas como elemento dominante; por último, las arcillas y margas mioce-

nas, coronadas por depósitos detríticos de finales del mioceno-principios del cuaternario, el rañizo, toman presencia ostensible en su franja meridional y en algunos islotes más septentrionales. Este triple componente influye decisivamente en algunos hitos emblemáticos del paisaje: al norte, la arquitectura negra; en el centro los tonos grises de un roquedo que acoge una significativa presencia de encinares y sabinars y ofrece modelados kársticos como la Pequeña Ciudad Encantada; por último, las cárcavas de intenso color rojo se abren en los terrenos margosos del mioceno enmascarados por los pinares de repoblación con un bien contrastado color verde.

Figura 6. Tamajón: Evolución de la población desde el año 1900 a 2012. Censo de la Población de España. Instituto Nacional de Estadística.

Un territorio, en suma, con un tejido social muy débil en la actualidad (menos de dos habitantes por km²) y desestructurado (algo más del 40% de su población tiene más de 65 años) en el que la transformación del paisaje ha sido ostensible y acorde con el desmantelamiento del sistema agrario tradicional. Un nuevo horizonte parece vislumbrarse con el afianzamiento de la función turístico-recreativa y la creación del Parque Natural de la Sierra Norte de Guadalajara en 2011 (Reinoso Moreno, D. y Sancho Comín, J., 2011).

Desde el punto de vista docente, resulta muy interesante plantear en el mismo campo una lectura de la morfología del paisaje actual haciendo una reconstrucción genética del mismo. Para ello, suelo acompañar esa lectura con dos fuentes de información bien distintas; por un lado, una de orden analógico (la imagen correspondiente al año 1956 del vuelo americano) y otra de cariz personal (una entrevista con un agricultor/ganadero que haya vivido los dos tiempos clave que han creado y sustentado este paisaje: la tradición agraria y la moderna ruralidad. En muchas ocasiones nos ha acompañado Eugenio Esteban, alcalde de Tamajón y buen conocedor de su tierra).

Las figuras 7 y 8 son muy expresivas del cambio experimentado en el paisaje y suelen ser, en mi caso, recursos docentes de habitual uso en el propio campo al poder completar con ellas una percepción más amplia e integrada de mosaico paisajístico.

La imagen correspondiente a mediados de la anterior centuria muestra con suficiente claridad las piezas de aquel entramado paisajístico que la comunidad humana mantuvo vivo mientras la tradición agraria estuvo vigente. Cerca de medio centenar de habitantes poblaba el asentamiento de Tamajón, dedicados en su mayor parte a la agricultura y ganadería. Una organización comunitaria establecía ritmos y modos de utilizar el recurso tierra, siendo coherentes ecológicamente las más de las veces y no pudiéndose evitar, en ocasiones, sobrecargas de uso por exigencias inaplazables de la propia población.

Junto al asentamiento humano se configura una primera tesela dedicada a los cultivos de huerta. El agua subterránea, a un par de metros de profundidad (el pequeño llano de Tamajón coincide con una depresión cárstica rodeada de lomas calizas), se extraía de los pozos con calderos y era llevada a mano hasta la parcela; un par de norias alimentaban también algún huerto de mayor extensión. Era la pieza que recibía cuidados diarios entre mayo y septiembre, cuando las hortalizas cumplen su ciclo vital y los árboles frutales ofrecen su cosecha; entre estos se citan los cerezos (Castel, 1881: 241). Una segunda pieza de aquel paisaje estaba constituida por los panificados. En el fondo de la cubeta, donde la topografía presenta formas llanas y los suelos tienen mejor condición agrológica, se extiende el terrazgo cerealista. Dos grandes añadas soportan la alternancia bienal de barbechera y sementera (en la imagen de 1956 no se distinguen visualmente pues la toma de la misma es de octubre, tiempo en el que ambas añadas tienen una fisonomía parecida) ; mientras una mano era ocupada por el cereal desde septiembre a julio (trigo, cebada, centeno o avena), la otra descansaba; en esta última, algunas parcelas, (podría llegar a sumar a un 40% del total), eran ocupadas por cultivos entre los meses de mayo y septiembre (veza, almortas, garbanzos, maíz, patatas, berza o algarrobas). El uso agrícola estaba estrechamente asociado al ganadero; realizado el censo del ganado todos los 29 de junio, día de San Pedro, y ajustado el precio del valor del pasto por hectárea, los rebaños podían entrar libremente por la barbechera una vez levantada la cosecha de cereal hasta el mes de enero; el importe abonado por cada ganadero dependía del número de cabezas y repercutía directamente a los propietarios de las tierras. Estos mismos rebaños de ovejas pasaban a continuación a pastar solo en los entrepanes (parcelas que no iban a estar ocupadas por los cultivos primavera-verano en la añada de descanso) hasta el 1 de mayo en que se decretaba la veda de los entrepanes. Resulta muy explícita aquella asociación de mutuo beneficio en la que la

sucesión de cultivos (cereal-legumbres/tubérculos), el descanso y el uso ganadero traban una estrecha ligazón; el interés por el abono orgánico de las reses tenía su manifestación más ingeniosa en concentrar durante la noche a estas dentro de unas redes en las parcelas de barbecho, variando la ubicación del cerco cada noche, labor en la que participaban frecuentemente niños y jóvenes.

Figura 7. Fuente: Fotograma de 7/10/1956 – Esc. aprox. original 1:34.000 – CECAF

Figura 8. Fuente: Ortofotografía PNOA 2008. Res. espacial 0,5 x 0,5 m. CNIG/IGN

Más allá de los panificados quedaban las tierras baldías, localizadas en las serrezuelas que contornean la cubeta central; en concreto, en Tamajón, tenían una extensión de 1.300 ha y pertenecían a 93 propietarios con derechos desiguales; estas tierras fueron de propiedad eclesiástica hasta la desa-

mortización de Mendizabal, pasando, después, a manos de un gran propietario que las vendió, a su vez, a los 93 vecinos aludidos. El uso de las mismas era ganadero, básicamente aprovechadas por las cabras. Cabe añadir dos hechos significativos: por un lado, la roturación de una parte de los baldíos entre finales del siglo XIX y principios del XX; por otro, la existencia en su interior del Monte de Propios de propiedad municipal.

La imagen de 1956 denuncia ambos hechos de una manera clara. Los estudiantes pueden observar la existencia de otras tres teselas del paisaje por las razones aludidas. En primer lugar, al pie de los baldíos orientales, justo enfrente del asentamiento de Tamajón, está la Dehesa; se trata de un espacio roturado y dividido en parcelas de igual forma y tamaño, separadas por hileras de encinas en sus márgenes, que se sortearon entre los 93 vecinos con derechos de propiedad en los baldíos. Esta Dehesa tenía una triple función: agrícola por su ocupación por parte del cereal y las legumbres bajo un régimen bienal; ganadera por el aprovechamiento por parte de las reses, regulado su uso con parecida costumbre a la de los panificados; y forestal por el aprovechamiento energético de la leña de encinas, también por parte de los 93 vecinos aludidos, que con un turno de 12 años cortaban ramas y rebrotes. Al sur de Tamajón, está el Monte de Abajo, también denominado Las Suertes, que al igual que La Dehesa se roturó y dividió en parcelas de igual forma y tamaño, atribuyendo a los 93 vecinos una extensión de tierras proporcional a los derechos de cada uno sobre los baldíos. Los usos son idénticos a los descritos para la Dehesa. Por último, en la parte suroeste, se distingue dentro del entorno de los baldíos, un extenso retazo de tierras de cultivo; se trata del paraje de los Llanillos dentro del Monte de Propios “Barranco de la Jara” (450 ha). El régimen de uso de este espacio era bien distinto al tratarse de tierras de peor condición agrológica; el espacio se dividía en lotes que se subastaban entre los vecinos, adquiriendo estos el derecho de roza y puesta en cultivo durante cinco años para dejarlos después descansar a lo largo de otros 12 años; eran tierras centeneras que no soportaban más de dos o tres años el cultivo, pasando a uso ganadero el resto del tiempo hasta completar cinco años.

La observación por parte de los alumnos de esta imagen de 1956 y su referencia constante al campo visual de Tamajón y su entorno desde un buen observatorio y el comentario por parte de Eugenio Esteban, al que antes nos hemos referido, conducido por el profesor, son excelentes recursos didácticos para comprender un paisaje y despertar el interés y el gusto por desvelar las claves que han concurrido en su génesis. Se convierte así el profesor en un “intérprete... un descifrador y comunicador de significados” (Steiner, G., 1991:18).

Cincuenta años después, la imagen es bien distinta. El paisaje es otro sin dejar de ser lo que fue; una realidad a la que se le puede aplicar aquel

pensamiento romántico que venía a decir: nuevo lo es en la medida que no termina de serlo del todo. Esta paradoja es la que apasiona al estudiante que busca ahora los factores que desencadenaron un proceso de tal calado. Lo primero es observar con detenimiento la imagen de 2008 (Figura 8) y su referencia al terreno expuesto ante nuestros ojos: los huertos han perdido definición, desdibujándose su parcelario y mostrando evidentes signos de abandono; los panificados se han reducido, circunscribiéndose a las mejores tierras, labradas todas ellas por un solo agricultor que alterna el cereal y el girasol en años sucesivos; la Dehesa y las Suertes del Monte de Abajo no reciben ya cuidados agrícolas, ni se extrae leña, poblándose de encinas y robles hasta formar en la actualidad una masa tupida; los baldíos del Este, al no ser pastados por los caprinos, ganan en cubierta vegetal con la jara y la sabelina como especies dominantes; por último, los baldíos del Oeste y el Monte de Propios “Barranco de la Jara” se repueblan con coníferas al ser tierras vertientes al embalse del Vado (en el caso del Monte de Propios, el consorcio con el Estado establece la condición de Monte de Utilidad Pública con un 60% de participación de posibles aprovechamientos para el propio Estado y el resto para el municipio de Tamajón; por lo que respecta a los Baldíos, la repoblación de coníferas llega a cubrir 315 ha).

Ante este cambio morfológico del paisaje, alumnos y profesor buscan una explicación. Es del todo evidente que la desaparición del sistema agrario tradicional ha conducido a estas tierras hacia otra fisonomía, la que ahora contemplamos. Tamajón, en la Sierra Norte de Guadalajara, es hoy un municipio con escasa población, sin apenas actividad agrícola/ganadera, y con un nuevo desafío de cara al futuro. Su condición de Zona de Especial Protección para las Aves y Lugar de Importancia Comunitaria, junto con la reciente declaración del Parque Natural de la Sierra Norte, avalan la nobleza de su patrimonio natural. Por otro lado, la amplia oferta de alojamientos de turismo rural, el incipiente aprovechamiento de los recursos turísticos (pequeña ciudad encantada, itinerarios para la práctica del senderismo, lugares de escalada y deportes náuticos, fiestas y ferias tradicionales, ...), la posible ordenación del uso del recurso micológico, el valor de los importantes recursos hídricos que son derivados hacia los ámbitos de concentración humana (Madrid y el Corredor del Henares) y la relativa cercanía a la aglomeración madrileña son hechos y circunstancias que confirman un nuevo horizonte para estas tierras.

No obstante, no parece deseable la casi desaparición de la actividad agraria. La nueva función turística no puede por sí sola sostener un paisaje en la mejor condición, ni tiene la fuerza suficiente para engendrar un tejido socioeconómico sólido; los riesgos que acumula el territorio tras la pérdida de la animación agraria pueden amenazar, en suma, un desarrollo duradero.

CONCLUSIÓN

En los dos ejemplos presentados hemos querido resaltar el valor del paisaje rural como recurso docente. La mirada de profesor y alumno a imágenes como las de estos paisajes rurales subyuga; despierta el interés por descubrir cómo son y, sobre todo, por qué han llegado a tener una determinada fisonomía. El alumno adquiere destrezas específicas al ejercitarse en la descripción y cuestionarse el origen y explicación de ese mosaico paisajístico. La conjunción de fuentes diversas como las imágenes aéreas verticales, el acceso a personas con un conocimiento directo y vivido de aquel paisaje, sus funciones y su sistema organizativo, la constatación en el mismo campo de la realidad actual y, siempre, la conducción por parte del profesor de un discurso sistemático, que enmarque adecuadamente todo lo anterior, se vuelven decisivos para una lectura científica de nuestro objeto de estudio, el paisaje rural.

Puede que este trabajo no aporte novedad científica alguna, pero tiene para mí un doble valor: por un lado es un reconocimiento a todos aquellos agricultores y ganaderos que han mostrado ante mis alumnos su experiencia y saber acerca del funcionamiento de los territorios, hecho clave para poder aproximarnos a una mejor comprensión del paisaje; por otro, lo considero un pequeño homenaje al profesor D. Antonio Gil Olcina con el que he coincidido tantas veces, del que he recibido su reconocido magisterio y siempre me brindó su amistad. Todo ello me llena de satisfacción y agradecimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- CALVINO, I. (1985): Palomar. Alianza Tres, Madrid 127p.
- CASTEL, C. (1881): Descripción física, gnóstica, agrícola y forestal de la Provincia de Guadalajara. Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España, Madrid, 270 p.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. Horche (Guadalajara) Estudio de estructura agraria. Revista Estudios Geográficos, Mayo 1953, pp. 193-239
- MATA OLMO, R. y SAINZ HERRÁIZ C., (2003): Atlas de los Paisajes de España. Ministerio de Medio Ambiente, Madrid, 683 p.
- PONS GINER, B. (2011): Atlas de los Paisajes de Castilla-La Mancha. Centro de Estudios de Castilla-La Mancha y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 223 p.
- REINOSO MORENO, D. y SANCHO COMÍNS, J. (2011): El nuevo Parque Natural de la Sierra Norte de Guadalajara: Un espacio turístico-recreativo con importantes valores naturales. Cuadernos de Turismo, nº 27, Universidad de Murcia, pp. 811-823

- SANCHO COMÍNS, J. y REINOSO MORENO, D. (2011): Atlas de los Paisajes de la Provincia de Guadalajara. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá y Obra Social de Caja de Guadalajara, Madrid, 237 p.
- STEINER, G. (1991): Presencias reales. Ediciones Destino, Barcelona, 291.
- TERÁN, M. DE, (1967): La Tierra. Tomo 1, Ed. Salvat Barcelona.